

Investigación y práctica teatral

Por Etelvino Vázquez

Si echamos una mirada rápida a la historia del teatro del siglo XX vemos que en los grandes creadores de este siglo la práctica teatral y la investigación forman una sola unidad, un mismo espacio, un único territorio donde el término «investigación» hay que entenderlo en el sentido más amplio, un término inseparable de la pedagogía, de la búsqueda y la confrontación. Y así, a lo largo de este siglo, cada nuevo teatro que se funda, cada nuevo proyecto que se pone en pie, tiene por finalidad renovar el teatro del pasado, construir un teatro del futuro, a partir de la investigación y la práctica teatral. ¿Pueden pensarse de otro modo autores como Valle o Lorca? Ellos desde sus textos y también desde su práctica teatral intentaron construir un teatro nuevo, edificar un auténtico teatro del presente que, en suma, eso comporta toda investigación teatral.

Desde las regiones sin teatro, como ya calificué a Asturias en una comunicación del Congreso de Gijón, ¿cómo podemos encarar esta dialéctica entre teatro e investigación si queremos mantener a flote nuestro núcleo de trabajo, nuestra práctica teatral?

Con mucha frecuencia se piensa que el problema del teatro y por tanto sus soluciones es un problema de ladrillos, de edificios y circuitos, de repertorio y de espectáculos, a ser posible próximos a los del siglo XIX, olvidando que el teatro siempre es un problema de personas y por tanto de ideas y aptitudes. Y esas ideas y aptitudes son lo que hace totalmente inseparable el concepto de teatro contemporáneo e investigación.

Pero, ¿cómo afrontar hoy día, desde las regiones sin teatro, una práctica teatral que sea al mismo tiempo investigación y, por tanto, teatro contemporáneo?

Llegados a este punto no tengo más remedio que hacer referencia a mi propia historia que, salvando todos los particularismos personales y geográficos, estoy seguro que es similar a la de otros muchos directores españoles y por tanto a la de otras muchas compañías de teatro.

Cuando en 1985 fundó el Teatro del Norte éste se crea «como un grupo de encuentro, como un espacio de investigación y búsqueda en torno al hecho teatral. Un lugar de experimentación, de confrontación con otras formas artísticas de reflexión y aprendizaje de la práctica escénica».

¿Cuánto se ha cumplido en aquel ideario programático? Realmente poco. Trataré de apuntar, con la brevedad que pide una comunicación, algunas de las razones que, a mi entender, han hecho difícil la plena realización de este proyecto.

a) El teatro precisa de mucho tiempo y mucha paciencia para que la investigación y la práctica teatral sean una misma cosa. El tiempo se compra con dinero y las ayudas son escasas y destinadas, además, al corto espacio de un año. Así pues, y dada la urgencia en que vive nuestra vida teatral, resulta casi imposible contar con un tiempo y un espacio cuasi infinitos.

b) El mercado teatral exige en estos momentos resultados muy rápidos y resultados vendibles, dado que en gran medida el control de dicho mercado está en manos de personas con muy poca idea de la complejidad del hecho escénico. ¿Cómo embarcarse, pues, en proyectos a largo plazo, en proyectos de investigación o de colaboración con otras compañías u otros artistas, en proyectos multidisciplinarios que, a priori, no tengan como resultado un producto «comercial y vendible»?

c) Las malas condiciones de trabajo: falta de espacios propios, falta de estructuras adecuadas para llevar a cabo un trabajo de investigación, un trabajo a largo plazo.

d) Podríamos decir lo mismo en cuanto a la investigación de carácter textual o espacial. ¿Cómo afrontar la creación de un nuevo texto con un autor nuevo, incluso partiendo del propio trabajo escénico? ¿A quién le interesará luego ese espectáculo? Cuando curiosamente hay muchos más espacios para representar que teatros al uso, ¿porqué resulta casi un suicidio realizar un trabajo que investigue el espacio, realizar un espectáculo fuera de los teatros al uso? A comienzos casi del siglo XXI parece que el teatro del mañana pasa sólo por los espectáculos que pueden circular por una red de teatros del siglo XVIII y XIX.

e) Finalmente hablar del material humano sin el cual todas las demás razones carecen de sentido. Faltan actores, directores, escenógrafos, etc. que quieran encarar un teatro a muy largo plazo. Hoy día, al menos desde mi experiencia, los actores no quieren grandes compromisos. Quieren resultados y poca reflexión sobre su propio oficio.

Desde el comienzo de los años 90 hemos visto con esperanza la aparición de nuevos espacios —Salas Alternativas—, fundamentalmente en Madrid y Barcelona, que, a priori, pensábamos que eran espacios donde un equipo fijo de gente llevaría esa unión perfecta entre investigación y práctica escénica. Con todas las excepciones que queramos poner, y salvando la Sala Beckett en Barcelona y Pradillo en Madrid, el resto, sobre todo en Madrid, acuciados por lo difícil que consiste mantener un espacio escénico con un aforo de poco más



"Las Troyanas", de Eurípides-J.P. Sartre. Dirección: Eusebio Lázaro. (1994).

de cien localidades, han convertido poco a poco sus espacios en casi teatro al uso, dado que los teatros madrileños existentes hasta ahora han ido cerrando uno tras otro. Ante esta realidad, y al menos por ahora, la esperanza de que nazca un nuevo tipo de teatro a partir de las Salas Alternativas sigue estando en estado embrionario.

Ante este panorama creo que sólo cuando las gentes de teatro tomemos partido, de una forma decidida, por una determinada práctica escénica; cuando las administraciones tanto locales, regionales o nacionales, tengan claro que no todas las ayudas consisten en apoyar resultados inmediatos, éxitos fulgurantes o teatro

tradicional, se conseguirán en nuestro país auténticas compañías donde la investigación y la práctica escénica sean una misma cosa. Hace falta, en suma, una decidida ayuda a otras formas de teatro, que necesitan un desarrollo mucho más largo en el tiempo, a veces sin resultados demasiado visibles, espectaculares o comerciales. Compañías con auténtica vocación de «laboratorio» o centro de investigación, y esto, que no es ninguna novedad en Europa, aquí resulta hoy casi impensable.

Sé que los que tenemos vocación a este tipo de trabajo estamos muy condenados a la indiferencia, a suplir nuestras necesidades en otros campos (co-

mo pedagogía en una escuela oficial) o a crear espectáculos donde tan sólo se apuntan algunas vías de lo que podría hacerse, pero que no se cumplirá nunca. Tal vez consigamos mantener a flote nuestro núcleo de teatro, pero sabemos que en nuestra práctica la mayor parte de nuestras energías se gastan en la subsistencia y no en la investigación, con lo cual ese afán renovador, esa savia nueva tan necesaria en estos momentos en el teatro español, no acabará llegando. Al menos de mi mano. Tal vez, y así lo deseo, de mano de generaciones más jóvenes que quieran cambiar el teatro para intentar también cambiar el mundo.